

Diez libros recientes sobre cuestiones de actualidad

El paréntesis transcurrido desde la última reseña colectiva de libros en esta sección obliga a que enfoquemos la del presente número de "Cuenta y Razón" de una manera un poco especial. Como el lector recordará, en el pasado número de nuestra revista esta sección aparecía dedicada a una cuestión de política cultural de destacada importancia como es la situación de los archivos españoles. En el presente volveremos a la reseña de libros pero vamos a excluir de ella aquellos títulos cuyo contenido no tiene mucha trascendencia y elegir un elenco representativo de lo mejor aparecido en el mercado español de los últimos meses. La selección se referirá a un período más extenso de lo habitual, precisamente por buscar títulos que resultan un poco excepcionales en calidad. Intentaremos, como siempre, que correspondan a campos diversos y que no aborden tan sólo cuestiones españolas, aunque el mayor peso recaiga en ellas.

JAVIER TUSELL

*1. Henry Kissinger,
"Diplomacia", Barcelona,
Ediciones B, 1996*

Empecemos por un libro singularísimo, de éxito más allá de nuestras fronteras. La lectura del último libro del exsecretario

norteamericano confirma una impresión que de su persona se desprende con mayor facilidad si se atiende más a sus libros que a sus artículos. En estos últimos muy a menudo Kissinger da la sensación, a veces, de resultar un tanto fragmentario y el lector a menudo discrepa de

lo que escribe. En cambio cuando escribe un libro produce esa sensación enojosa de absoluta claridad y meridiana racionalidad en su explicación que puede llegar incluso a molestar. Bien mirado, a "Diplomacia" sólo cabe hacerle dos reproches. En primer lugar el título no corresponde a la

realidad porque Kissinger hace en realidad en las páginas de este libro no un prontuario acerca de cómo plantearse las relaciones internacionales, sino una Historia de las mismas, en especial desde los tiempos recientes. El segundo reproche se refiere a la cita con que concluye el libro. Es lógico que Kissinger no dedique ni un párrafo a España porque en realidad su papel en las relaciones internacionales recientes ha sido tan mínimo como en su libro se manifiesta. Pero alguien debiera decirle que eso de "caminante no hay camino, se hace camino al andar" no es un dicho o un proverbio español sino una cita literal de Machado.

En un libro de las características de éste resultan al principio deseables determinados rasgos que acaba por cumplir sobradamente. Es exigible que el autor narre experiencias propias. Kissinger lo hace no sólo repitiendo con matices el contenido de sus memorias, sino también recordando contactos previos o posteriores con dirigentes de otros países. El retrato de

Adenauer, De Gaulle o Gorbachev está nutrido de su experiencia personal y lleno de inteligencia. No menos imprescindible es un bagaje de historiador que el exsecretario de Estado, autor de libros fundamentales de esta disciplina, demuestra con creces. Finalmente en el libro cabía esperar sabiduría sobre la práctica de las relaciones internacionales y agudeza punzante a la hora de resumirla en frases. Ambas

abundan como nunca en el libro, sin duda más brillante, de nuestro autor.

Como es lógico hay en él capítulos más interesantes y otros que lo son menos. Quien haya leído la obra de Kissinger como historiador o sus memorias encontrará menos novedades en los capítulos dedicados a la Santa Alianza, Vietnam o Nixon o considerará conocido lo que narra acerca de la segunda guerra mundial. En cambio el grueso de la interpretación acerca de la política mundial desde 1945 y, de forma especialísima, la descripción que hace del final de la guerra fría resultan difíciles de superar. Este es un libro esencial con las ventajas añadidas de que está destinado a durar y de que su lectura resulta a menudo apasionante.

Para Kissinger la política internacional es, ante todo, el resultado del entrelazamiento de psicologías individuales y experiencias nacionales en el que juega un papel esencial la percepción que del otro se tiene. Su explicación resulta una especie de juego intelectual, trabado y en buena medida imprevisible, que narra desde una irónica distancia procurando

comprender a los actores, individuales y colectivos, a conveniente distancia a la vez de interpretaciones ideológicas y puramente personales. Nuestro autor escribió en una ocasión que en Estados Unidos la política exterior suele ser considerada o bien como una rama de la teología o como una subdivisión de la psicología, y eso le convierte en capaz de sortear ambos peligros en el momento de escribir como historiador.

En el centro de su libro está, como es lógico, la política exterior norteamericana que describe atraída a la vez por los deseos contradictorios de actuar como faro del mundo por su ejemplo democrático o de emprender peligrosas cruzadas que dan la imagen alternativa de amoralidad o de voluntad impositiva de hacer presentes sus propios principios. Según él, hay un fondo de excepcionalidad en la política exterior norteamericana que se basa en esa realidad y que es conjugada de modo diferente por cada uno de los dirigentes que su país ha tenido en la época contemporánea. En realidad esa forma de enfocar a los otros vale también para él, al menos como contraste, porque lo que le distingue

de los presidentes de su país es un infrecuente conocimiento de la Historia y una conciencia del papel jugado por el equilibrio entre las potencias que resulta inhabitual entre los políticos norteamericanos.

2 y 3. Juan Manchal, "El secreto de España. Ensayos de Historia intelectual y política", Madrid, Taurus, 1995; y Diego Hidalgo, "El futuro de España", Madrid, Taurus, 1995

De la perspectiva internacional podemos pasar a un género literario muy nuestro. El ensayismo tiene en España como objeto primordial una meditación acerca de cuál pueda ser su esencia de la que derivarían todos sus problemas como colectividad. Así ha sido tradicionalmente, desde hace un siglo, y esta colección, editada por Taurus, parece ser consciente de ello a poner la mención a España en los títulos de los dos últimos volúmenes aparecidos. La verdad es, sin embargo, que existe una considerable distancia entre lo que un Lucas Mallada, Joaquín Costa, Ángel Ganivet o Miguel de Unamuno escribían hace cien años y lo que hoy se imprime bajo una rúbrica aparentemente idéntica.

El libro de Juan Marichal tiene un título cuya oportunidad resulta bastante discutible. Es cierto, sin duda, que la vida española tiene un atractivo excepcional debido a que nuestro

país da la sensación de ser una sociedad extrovertida, cohesionada y gozosa en su vida colectiva, pero eso que el autor considera, con razón, como el "secreto" de España, nada tiene que ver con el contenido de este libro que versa en realidad sobre la tradición liberal española en sus aspectos intelectual y político. El autor es uno de los máximos especialistas en estas materias. Editor de las "Obras Completas" de Azaña e historiador del ensayismo español, Marichal es una de las personas que más apropiadamente podían intentar la empresa de historiar esa tradición. El libro es una recopilación de artículos o conferencias que, por ello mismo, contiene no pocas repeticiones y resulta un tanto fragmentario. Pero esos inconvenientes dan también lugar a algunas ventajas. No es un libro erudito, con un pesado aparato de notas y de bibliografía, pero eso mismo le da un especial atractivo porque le convierte en un texto de lectura fácil en que todas las citas resultan oportunas y plenas de sentido. En alguna ocasión Marichal introduce algunos pensadores clásicos del liberalismo foráneo, como Constant o Croce, pero si lo hace

es en directa relación con un contexto dedicado exclusivamente a los pensadores españoles.

"El secreto de España" confirma la condición liberal del mundo intelectual español desde comienzos del siglo XIX. El autor

desgrana lo que significó el término para los elaboradores de la Constitución de 1812 y los pensadores que hicieron del liberalismo el centro de su pensamiento desde Larra, hasta Unamuno y Azaña pasando por Giner. De su descripción deriva una importante conclusión como es el hecho de que el liberalismo español no sólo está enraizado en nuestra tradición cultural, sino que lo está en una determinada versión que nace de una sensibilidad ante los problemas del país y que actúa a través del Estado. Queda, por tanto, implícito que el liberalismo no es primordialmente una doctrina económica, tal como se suele asegurar en los labios de los portavoces de la actual derecha española. Merece la pena llamar la atención sobre algunos de los autores de los que trata Manchal, en especial de los exiliados o los disidentes en la época de Franco. Trata el autor también de Juan Negrín, un personaje muy importante cuyo perfil biográfico resulta de extraordinario interés pero que no estoy tan seguro que tenga un hueco en un libro de estas características.

Muy diferente en el contenido es el libro de Diego Hidalgo,

antiguo alto cargo del Banco Mundial y empresario, que dedica sus páginas a un ensayo futuroológico acerca del futuro español en el que el factor económico juega un papel muy importante. Lo cierto es que este género de estudios suelen hacer afirmaciones muy campanudas y autoconvencidas aunque luego acaban por ser desmentidas. Hidalgo, que dedica al caso español tan sólo entre un tercio y la mitad de su obra, ofrece un buen ejemplo de la fragilidad de ese género de estudios cuando cita a un autor norteamericano bien conocido que, para testimoniar el poder del nacionalismo en la Europa del presente, cita el caso de la reciente independencia de Andorra (sic.).

Hidalgo no comete esos errores y tiene toda la razón cuando firma que los políticos españoles en las campañas electorales no tienen precisamente una especial propensión a decir la verdad y manifestar en toda su rotundidad los graves problemas de carácter económico que tiene España. De los seis que enumera en nuestro país, tres — desempleo, pensiones convergencia con Europa...— se refieren a este terreno. En

todos ellos los planteamientos de Hidalgo son de una extremada dureza y de un tono dramático que recuerda a los regeneracionistas de fin de siglo. Creo que el enfoque que hace es correcto incluso en la misma vehemencia con que se expresa. En otras materias (el peligro del Islam, la

Educación Superior, el funcionariado) Hidalgo se pasa en dramatismo y, además, en los dos últimos no duda en proponer soluciones utópicas no sólo para España sino para cualquier europeo. Considerar que el funcionario puede ser sustituido por un contratado laboral contradice la tradición administrativa del Viejo Continente.

El debate sobre España va a seguir, sin duda, obsesionando a nuestros ensayistas. No cabe la menor duda que estos dos libros, de lectura fácil e instructiva, no agotan una cuestión que por su propia naturaleza resulta poco menos que inabarcable. Pero, por lo menos, la prolongan hacia el futuro.

4. Alfonso Álvarez Bolado, "Para ganar la guerra, para ganar la paz. Iglesia y guerra civil (1936-1939)", Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1996

Hace diez años, en el cincuentenario de la guerra civil, fue la última ocasión en que tan importante acontecimiento y aniversario mereció la celebración de Congresos y la publicación de libros de entidad

acerca de los diversos aspectos de la misma. Desde entontes el interés de los historiadores parece haberse trasladado a otros ámbitos cronológicos más recientes, como si con el final de la transición se haya sentido la sensación de que ya todo estaba dicho acerca de aquella porción sangrienta de nuestra historia común. Desde 1986 hasta el momento actual ha habido abundancia de monografías locales pero limitadas respecto de la temática a tratar. Muchas de ellas —casi se sentiría la tentación de decir que la mayoría— han versado sobre la represión. Sólo en 1996 han aparecido algunos títulos importantes y novedosos. Resulta obvio que ni remotamente puede considerarse que todas las cuestiones relativas a la guerra civil estén resueltas. Al margen de que en algún momento puedan aparecer nuevas fuentes, es también imaginable intentar interpretaciones nuevas y originales a partir del examen meticuloso de otras que puedan ser ya conocidas o fácilmente accesibles. Es lo que ha hecho Alfonso Alvarez Bolado en un libro que sin duda habrá de ser considerado como una de las aportaciones más valiosas para un aniversario —los sesenta años

del estallido bélico— que es muy probable que no despierte interés en el gran público ni tampoco coincida con la aparición de investigaciones importantes y novedosas.

Alvarez Bolado procede de la eología y aborda la actitud de la Iglesia en el conflicto como consecuencia de su interés acerca

del nacional-catolicismo, sobre el que escribió un librito que mantiene su vigencia en la actualidad. En el que acaba de aparecer en realidad trata de una cuestión relacionada con la génesis de ese peculiar producto de nuestra guerra. Lo hace a través de un estudio extraordinariamente minucioso y ponderado de los sucesivos pronunciamientos de los obispos españoles acerca del conflicto.

Por descontado parte de la consideración de que la jerarquía eclesiástica hizo una "sobreininterpretación religiosa" de la guerra que no estaba justificada en absoluto, aunque en el espíritu de la época se juzgara que sí. Sin duda el espectáculo de la persecución religiosa, un fenómeno que casi resulta incomprensible desde una óptica actual, tanto como la idea de "cruzada", contribuye a explicarlo. Como mínimo cabe decir de esta actitud que redujo a la nada el conflicto político y social en el que se fundamentó la guerra, olvidó el caso de una parte considerable del catolicismo vasco y el catalán, demostró una clara distancia entre el propio criterio y la mentalidad democrática y, en fin, no pareció interesado en absoluto en cuestión tan crucial

como la de la represión. Habrían de pasar muchos años —nada menos que hasta 1971— hasta que la Iglesia española reconoció su culpa por no haber sido capaz de servir de vehículo para la reconciliación entre los españoles. Ahora bien, siendo todo ello evidente, el mérito principal de la obra de Alvarez Bolado consiste en los matices que introduce y que no se refieren tan sólo a la diferencia entre la actitud del Vaticano y de los obispos españoles. En realidad, nos dice, el Estado y la Iglesia hacia el final de la guerra parecían jugar el mismo juego, pero no era así porque sus barajas eran distintas. Ambos querían hacer catolicismo pero el Estado quería una especie de nacionalización de la Iglesia que convirtiera lo religioso en un cemento destinado a unir a la sociedad española. En cuanto a la Iglesia, quería a la vez influencia e independencia sin ser consciente de que eso era imposible en un régimen que en estos momentos tenía una propensión totalitaria. De esta manera puede decirse que la apariencia de identidad era bastante más ficticia que real.

5. Francesc Cabana, "La burguesía catalana. Una aproximación histórica", Barcelona, Proa, 1996

Muy a menudo los estudios de Historia social tienen el grave inconveniente de quedar en declaraciones imprecisas y vagas o en generalizaciones abusivas que luego, en manos de

divulgadores o de políticos, se convierten en eslóganes. Me parece que no existe mejor argumento para probar esta afirmación que las embestidas simplificadoras de Julio Anguita en contra de la burguesía catalana. En un momento remoto este estudiante de Historia oyó alguna frase elemental sobre este sector social y ahora se apresura a utilizarla con un propósito político inmediato.

Pero, al hacerlo, demuestra un interés muy superficial por uno de los protagonistas esenciales e nuestra Historia contemporánea. Lo que llama la atención de ella en primer lugar no es, por descontado, ese carácter reaccionario que Anguita le atribuye, sino más bien su capacidad para construir partiendo de las condiciones de un país cuyas ventajas objetivas con respecto a otros eran tan parcas. A la burguesía catalana se le podrá reprochar un carácter excesivamente individualista o una debilidad perdurable a la hora de tratar con el poder político central. Pero lo que ni remotamente puede negársele es la capacidad constructora superando dificultades tan inmensas. Así lo han escrito, con toda razón,

un Vicens Vives en el pasado o un Nadal en tiempos más recientes.

El libro de Francesc Cabana no tiene las características esperables en un profesional de la Historia social, pero es siempre inteligente y ameno, aparte de proporcionar noticias nuevas sobre acontecimientos recientes y lejanos. En realidad hasta el momento, pese a la facilidad con la que alude de forma genérica a la burguesía catalana, había que remitirse, para emitir un juicio fundamentado acerca de ella, o bien a un libro clásico de Vicens Vives ("Industriais i politics") o bien a alguna monografía extranjera, como la de Me Donogh sobre las "buenas familias" de Barcelona, que, por cierto, Cabana no ha utilizado.

Su libro, en cambio, tiene el mérito de referirse a un período de tiempo muy amplio, lo que supone la ventaja de poder establecer conclusiones de carácter muy general. El tratamiento de cada etapa varía en profundidad y a veces alude a aspectos de la evolución económica que requerirían un conocimiento algo más detallado. Es, en cambio, un acierto presentar cada etapa ejemplificando sus rasgos en la trayectoria de algunos de sus

protagonistas más importantes porque nada mejor que esas aventuras personales para explicar el decisivo papel jugado por la burguesía catalana en la construcción de una España moderna.

El ascenso de esta burguesía se basó casi siempre en el comercio con América y se consolidó a través de alianzas matrimoniales,

rasgos ambos que parecen demostrar esa debilidad de partida. Lo que llama la atención, sin embargo, es que ese sector social podría haber optado por cerrarse en la segunda generación a cualquier iniciativa de renovación. Lo cierto es que se nobilizó pero ello no le hizo cerrarse al cambio. Llama la atención que esa burguesía renovó en gran medida sus cuadros de una generación a otra. Tuvo, además, una capacidad de recuperación manifiesta ante las circunstancias más adversas, como, por ejemplo, tras la guerra civil. Y, en fin, esta burguesía supo llevar a efecto una labor muy plural en lo económico y con vertientes que se refieren también a lo político y lo cultural. Sólo en Cataluña resulta imaginable un político con la preocupación empresarial y cultural de Cambó—sobre las que Cabana da noticias muy interesantes— o un fabricante de cubitos de sopa convertido en mecenas musical.

Por supuesto la clase obrera también constituyó un capital humano formidable para el desarrollo económico. Pero el caso de Cataluña prueba, sin duda, como este factor humano es

más decisivo que las ventajas físicas para lograrlo.

6. *Gregorio Peces Barba, "La democracia en España. Experiencias y reflexiones", Madrid, Temas de Hoy, 1996*

Aunque ya parece haberse superado esa inveterada tendencia de los personajes públicos españoles a resguardar sus recuerdos de la visión del público lector, en ocasiones reaparece esa especie de pudor y se trata de presentar como ensayo de carácter ideológico lo que objetivamente debiera ser incluido entre las memorias. Gregorio Peces Barba, ponente constitucional y ex-presidente del Congreso de los Diputados, presenta su último libro como lo primero, pero se trata de lo segundo. Lo que sucede, sin embargo, es que la peculiaridad personal de Peces Barba le lleva a mostrar en su libro un tipo de preocupaciones y reflexiones que no son nada frecuentes. El lector tiene la sensación de que este libro hubiera resultado más redondo aligerado de reflexiones acerca de cuestiones que se refieren de forma exclusiva a la disciplina docente, a la que el autor ha dedicado la mayor parte de su

vida. Peces Barba debiera haber recordado que ninguna sabiduría puede resultar más interesante que la experiencia de la vida, incluso en sus detalles nimios siempre que se sepa transmitir de manera adecuada y con una cierta distancia.

Su caso, por otro lado, es a la vez excepcional y muy característico de la política española durante los años de la transición. Fue, en primer lugar, uno de esos numerosos profesores universitarios con intereses muy marcados en la política que aparecieron en la vida española a finales de los sesenta y luego han tenido un importante protagonismo público hasta mediados los ochenta. Procedía de un medio familiar de izquierdas y, tras una etapa vinculado al mundo católico en que le correspondió un protagonismo importante en la revista "Cuadernos para el Diálogo", acabó desembocando en el PSOE. Su papel en la preparación del texto constitucional ha quedado recogido en un libro anterior, publicado por el Centro de Estudios Constitucionales. En el ahora aparecido el centro de gravedad se sitúa en sus antecedentes personales y en su etapa al frente de la Presidencia del Congreso de los Diputados.

No cabe la menor duda que Peces Barba dotó a este cargo de un empaque excepcional. Probablemente bajo ninguna otra Presidencia el Congreso aspiró a una mayor centralidad en

la política española, en aquellos precisos momentos en que, dada la hegemonía parlamentaria del partido socialista, el protagonismo del mismo tendía a desdibujarse. Su voluntad, aunque estuviera servida por un exceso de susceptibilidad, estaba bien encaminada, aunque resultan discutibles algunas de las iniciativas que el autor tomó en determinados momentos (por ejemplo, determinadas actividades culturales y, sobre todo, la ampliación del edificio del Congreso, en flagrante violación de la normativa urbanística). Creo que una persona como el autor de este libro hubiera sido muy positiva cuando empezó a plantearse la posibilidad o incluso la necesidad de comisiones parlamentarias de investigación.

Lo que, en cambio, resulta mucho más discutible es el juicio de Peces Barba respecto de los males de la política española. Los centra de manera exclusiva en el exceso de liderazgo personal en los partidos políticos, en especial en el socialista. La acusación contra Felipe González es muy directa y precisa, pero no convincente. Suprimida esa personalización de la política seguirían siendo muchos los inconvenientes de nuestra vida

pública y a ellos el autor no les dedica una línea. Quizá lo deja para otra ocasión, pero la cuestión es lo bastante grave como para merecer libros.

7. Varios autores, "El Museo del Prado", Fundación de Amigos del Museo del Prado-Fonds Mercator, 1996

Pasando de las memorias a un género editorial muy distinto, conviene llamar la atención acerca de un reciente libro sobre el Museo del Prado. El libro de lujo se ha convertido en los últimos tiempos en uno de los no tan abundantes productos editoriales capaces de obtener importantes éxitos seguros. Libro de regalo, tiene a su favor la ventaja de que, en determinadas ocasiones a lo largo del año, se convierte en destinatario del interés del público. Se trata, sin embargo, muy a menudo de un tipo de libro que tiene en su contra el relativo desprestigio derivado de que parece interesar más por su condición de objeto que por su contenido. Con frecuencia, en efecto, priva en él la belleza de la encuademación o ilustración sobre lo que dicen sus autores. Parece, por tanto, condenado a ser hojeado pero no leído como si su grueso volumen lo desaconsejara y obligara a depositarlo sobre una repisa o en una mesa en forma de elemento decorativo.

El libro de lujo muy a menudo queda identificado con la temática artística y, de los dedicados a ella, gran parte aparecen referidos a los grandes museos. Recientemente ha aparecido uno, editado por Fonds Mercator, una prestigiosa editorial belga, y la Fundación de Amigos del Museo del Prado, que reviste unas características excepcionales que lo convierten en difícilmente repetible. Producto de una labor editorial de muchos años, tiene la ventaja de la extensión del texto y la calidad de la edición, pero, además, ésta se ve beneficiada por la altura de las colaboraciones y porque el enfoque de cada una de ellas es siempre inteligente y oportuno.

La literatura sobre el Museo del Prado no es abundante sino infinita. La calidad varía mucho desde las modestas guías elaboradas para conducir los pasos del visitante hasta aquel género de reflexiones semifilosóficas como las de D'Ors, pasando por los infinitos estudios de tono más o menos erudito. Nunca dejarán de editarse nuevos libros sobre nuestro primer museo. No en vano en el prólogo del que ahora comentamos Mario Vargas Llosa dice que, como una gran obra literaria, cualquier gran museo —o

cada uno de sus cuadros— es una fábrica de sueños, es decir provoca una inagotable incitación a la creación de mundos nuevos, imaginativos y radicalmente individuales. Para ello el libro de Fonds Mercator parte de un empaque editorial considerable y una ilustración poco menos que

abrumadora. El formato permite una grata lectura y más de un millar de ilustraciones de los cuadros del Museo — a las que tan sólo habría que reprochar en ocasiones un exceso de tonos cálidos— facilitan a quien lo tenga en las manos recrear la visión de sus tesoros.

Pero lo que resulta excepcional es el planteamiento editorial y la calidad de los textos. Se ha optado por recurrir a un tipo de ordenación basada en las diferentes escuelas representadas en el Museo atribuyendo la redacción de los diferentes capítulos no a los conservadores sino a los grandes especialistas, en muchos casos extranjeros. Si eso puede tener algún inconveniente al mismo tiempo suma muchas ventajas. Mientras que la escuela española es abordada por dos de los mejores especialistas nacionales — Pérez Sánchez y Calvo Serrallier— al mismo tiempo algunas de las personalidades más respetadas de la Historia del Arte en todo el mundo —Alessandro Bettagno, Christopher Brown, Francis Haskell— escriben sobre las otras escuelas nacionales representadas en el Museo. El tono de los textos no es nunca erudito y farragoso, sino que combina

sabiamente la calidad científica y la síntesis ensayística. Esta peculiaridad del texto es lo que convierte en muy improbable la posibilidad de que un libro como este tenga competidores en un plazo razonable de tiempo.

8. Miguel Siguán, "La Europa de las lenguas", Madrid, Alianza Universidad, 1996

En torno a la cuestión lingüística las reacciones más habituales en España han consistido o bien en remitirse a un pasado mítico que sería necesario restablecer o bien en anunciar inmediatas catástrofes para la totalidad de los españoles como consecuencia de la política seguida por algunos gobiernos autónomos. Lo más frecuente en la literatura sobre el particular ha consistido, por tanto, en esgrimir el trémolo catastrofista, reproduciendo ese tipo de literatura, tan característicamente española, cuya principal característica es la propensión hacia la excitación inútil. El psicólogo Miguel Siguán, personalidad de sobras conocida en su ámbito intelectual y académico, aunque no especializado en estas materias, lleva años dedicado a hacer un planteamiento radicalmente

distinto. Lo que ha hecho es, en primer lugar, estudiar la cuestión con frialdad y datos precisos e integrarla en contextos más amplios y en toda una evolución histórica. De ello deriva, de forma natural, directa e inmediata toda una actitud que permitiría solventar este género de problemas sin esas actitudes traumáticas de hace unos meses.

Si en "España plurilingüe" (Alianza, 1992) Siguán se refería tan sólo a nuestro país, al mismo tiempo dejaba entrever el marco europeo que debe servir de obligada referencia para tratar estas cuestiones. Ahora lo hace de forma más detenida en este nuevo libro en el que, si hay algunas cuestiones que exceden lo que hubiera debido ser más propio de un título como el mencionado, al mismo tiempo quedan claras tres conclusiones.

En primer lugar, la relación entre lengua y nación ha sido en Europa bastante variada. En Francia ha existido identidad desde el comienzo de la modernidad, luego consagrada tras la revolución de 1789, pero este no ha sido el caso ni del Imperio Austrohúngaro en el pasado, caracterizado por el cosmopolitismo lingüístico, ni tampoco de Irlanda en tiempos más recientes, pues en este caso el nacionalismo no ha mantenido como signo de identidad la lengua. Por otro lado la descripción del tratamiento que en el momento actual se da a esta cuestión en países europeos parece demostrar hasta qué punto resultan exageradas las afirmaciones que se hacen en

torno a la inmersión lingüística. Leyendo en este libro el tratamiento dado por algunos países a las minorías se descubre, por ejemplo, que en Italia hay cuotas porcentuales atribuidas por este motivo en las zonas de habla alemana y que en Bélgica, por ejemplo, un proceso judicial puede quedar paralizado como consecuencia de la utilización de documentación en un idioma oficial distinto de aquel en que se ha iniciado y las unidades militares son mono-lingües. En este marco una situación como la catalana — diglosia cruzada, por que el conocimiento de las dos lenguas se compensa en términos relativos— no tiene nada de particular.

Pero quizá la más constructiva de las constataciones que se ofrecen en el nuevo libro de Siguán son las que se refieren al futuro. Europa consiste en la diversidad de lenguas que debe ser considerada como una riqueza y que resulta no sólo inevitable sino también deseable por muy costosa que pueda resultar. Pero el horizonte del futuro supone también el cosmopolitismo. Es curioso que en un área geográfica europea muy precisa se haya producido en un plazo reciente de

tiempo la aparición de estos dos fenómenos. En el Benelux, de forma paralela, el flamenco ha conseguido un estatus semejante al francés mientras que el holandés ha perdido cualquier pretensión de intentar llegar a ser una lengua de uso superior al nacional. Mientras tanto en esta porción de Europa, más que en cualquier otra, el plurilingüismo desde una edad temprana es un fenómeno cada vez más frecuente.

9. Ferrán Soldevila, "Historia de España", Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996

Las "Historias de España" redactadas por tan sólo un autor hace tiempo ya que han dejado de ser habituales, hasta el extremo que a las aparecidas en épocas recientes se les debe atribuir un propósito más ensayístico que de carácter propiamente divulgativo. Lo más frecuente, dada la especialización de los estudios históricos, es que cualquier intento de este género parte de la pluma de equipos muy plurales, tanto más cuanto mayor sea la extensión en volúmenes de la obra publicada. A veces se llega a tal fragmentación que resulta imposible incluso llegar a percibir cuál es la línea argumental de la Historia española. La especialización —temática y cronológica— ha coincidido, por otro lado, con unos avances tan rápidos en la historiografía que en muchas materias la duración de un texto puede quedar limitada a un período de tiempo muy corto.

En estas condiciones ¿qué sentido puede tener la edición de una Historia de España como la de Ferrán Soldevila cuya primera

aparición data de los años cincuenta? El solo hecho de haber sido patrocinada por la Generalitat de Catalunya, puede mover a la sospecha del lector. Sin embargo la primera forma de declararla injustificada consiste en recordar los avales que la patrocinan. Francisco Tomás y Valiente lo hace en un prólogo que debe haber sido uno de los últimos textos salidos de su mano: lo hace señalando su identidad de especialista en Historia institucional con el autor respecto de una de las cuestiones que resultan más disputadas en la interpretación de la Historia española, la estructura de la Monarquía española en la Edad Moderna. También Fierre Vilar alaba el contenido de la interpretación de Soldevila en este caso con una cierta reticencia, aquella que parte de considerarle identificado con una metodología del pasado, quizá en exceso política, pero, sin embargo, merecedor de ser leído en función de la visión plural de la Historia de España que proporciona.

Por supuesto esto último explica la reedición del libro y el hecho de que su patrocinador haya sido el ya mencionado, pero antes de hacer referencia a ese

punto es preciso aludir a un mérito previo. El texto de Ferrán Soldevila, como es natural, está superado en no pocos puntos; sus carencias empiezan por la radical omisión de cualquier referencia al siglo **XX**. No debe extrañar pues el autor, vuelto del exilio en 1943, fue lo bastante prudente como para no arriesgarse a ser maltratado por la censura. Pero esa ausencia se ve compensada por

una abrumadora bibliografía — la existente en el momento en que fue escrito—, una ágil narración desarrollada a lo largo de una extensión conveniente y un talante tan liberal como culto. Soldevila, en efecto, supo integrar muy bien la vida intelectual en el devenir histórico, una virtud que por desgracia no es ya tan habitual entre los historiadores.

Pero lo que convierte a este libro en interesante tantos años después de su edición es la consideración de la Historia española como la obra no tan sólo de un sujeto histórico sino de una pluralidad. Soldevila no era un nacionalista radical, de esos que creen todavía en esencias metafísicas, portadoras de misiones providenciales a realizar sobre la superficie de la tierra, como en otro tiempo los historiadores españolistas a ultranza y ahora algunos periféricos empeñados en hacer "historia-ficción". Creía en lo que todos los historiadores profesionales damos ya por supuesto desde hace tiempo. Se trata de que si, en parte de la Historia de España hubo una propensión hacia la hegemonía de Castilla que sin duda contribuyó de forma eminente a la construcción de España, al mismo

tiempo hubo también otra tendencia hacia el equilibrio entre sus diversos componentes que supo imponerse en otras ocasiones.

Nadie a estas alturas pone en duda que la unidad de la Monarquía en la época moderna se correspondía con una diversidad de sus reinos y que la expresión "naciones de España", aunque en un sentido distinto del actual, era frecuente en el propio Cervantes.

Soldevila, por otro lado, de ningún modo hizo Historia radicalmente nacionalista desde una óptica catalana. Su interpretación de la revuelta de los catalanes en 1640, aunque nazca de una justificada creencia de que Olivares trató de modificar el estatus institucional de la Monarquía, no presenta la actitud de los insurrectos como un testimonio de nacionalismo en sentido moderno. Algo más cercano a esta fórmula se aprecia en su juicio sobre la guerra de Sucesión. Pero su juicio no es el de quien abusa de una versión victimista de la Historia catalana y menos aún culpabiliza de ello a Castilla sino el de quien amplía el horizonte de un excesivo centralismo o incluso madrileñismo historiográfico.

10. Victoria Camps, "El malestar en la vida pública", Barcelona, Grijalbo-Mondadori, 1996

Victoria Camps era, hasta la última elección general, uno de los escasos parlamentarios españoles con una presencia importante en la vida intelectual.

Su presencia en las filas de la minoría parlamentaria socialista estuvo motivada precisamente por ello y aunque, a diferencia de los jueces que también figuraron en ella, permaneció en su escaño hasta el final de la legislatura, del libro que ahora publica, como de algunas declaraciones que hizo en torno a 1996, hay que concluir que el paso por la política activa debió ser muy poco grata para ella. Vista la cuestión desde el punto de vista de los intereses generales, lo malo de que así haya sido es que incide en un proceso que avanza a velocidades agigantadas y que puede resumirse diciendo que, a diferencia de lo sucedido en la primera fase de la transición, cada día resultan más distantes los mundos de la cultura y la profesionalidad en la política.

En "El malestar en la vida pública" Camps no habla específicamente de España sino de cuestiones de principio. Se trata de una pluralidad de textos que siempre tienen considerable altura pero que también el inconveniente de ser demasiado fragmentarios porque parecen siempre motivados por intervenciones públicas previas. La autora los agrupa en tres apartados sucesivos. El primero se

refiere a la cuestión que da título al libro mientras que los otros dos versan sobre la Educación y los Medios de Comunicación.

La cuestión clave es, sin duda, la primera, es decir la realidad de que en la democracia actual existe una profunda sensación —en España y fuera de ella— de caos, decadencia y falta de medida en personas e instituciones. Un diagnóstico tan duro como éste sólo puede ser realizado por quien no es profesional de la política pero parece tan áspero como veraz. De él derivan otros rasgos de la situación como son el exceso de partidismo, la actuación de la clase política como si viviera en un coto cerrado y un género de judicialización de la política que es testimonio de la incapacidad por imponerse a sí misma reglas y normas de comportamiento. Tal panorama podría ser objeto de un planteamiento de historiador o de politólogo. Camps lo aborda, como es lógico, desde la óptica del moralista y propone dos soluciones. Una de ellas se refiere a la conciencia de comunidad que debe animar cualquier sistema democrático. Más obvia es todavía la apelación a la participación. Citando un muy conocido texto de Constant, recuerda que la libertad de los

modernos consiste en el disfrute de la vida privada porque las instituciones representativas defienden los derechos individuales, pero también recuerda que la de los antiguos consistía en tomar parte en las decisiones colectivas de forma directa. Lo que la Humanidad va descubriendo en este fin de siglo es que resulta imprescindible practicar la libertad de los antiguos, participativa, para hacer posible la vigencia de una democracia. Cabría decir que la

democracia es una forma de vida que exige un nivel de exigencia ética colectiva que por desgracia no suele darse en nuestras sociedades. Claro está que con eso no basta para poner remedio a esta situación de malestar. Incluso permaneciendo en el estricto terreno de la ética la autora hubiera podido sugerir algunas soluciones más precisas.

Del resto del libro merece la pena referirse también al tratamiento que la autora hace del papel de los medios de comunicación en una democracia. El debate que sobre el particular hemos presenciado en los últimos tiempos ha sido crispado y desaforado por ambas partes. Camps recuerda que la democracia es, de manera principal, la transparencia de lo público y pide, con acierto, un ejercicio positivo de la libertad de expresión que ha sido tan poco practicado como la actitud tolerante ante la crítica de los destinatarios de la misma. En este punto como en todo libro abundan las sugerencias interesantes, pero a la autora habría que pedirle un juicio más práctico, global y definitivo sobre cuestión tan trascendente.